

Irán redefine la evolución del conflicto con Israel

CISDE Campus Internacional para la Seguridad y la Defensa

Iván Mateos Navarro
24 de Marzo



La actual crisis entre Irán, Israel y Estados Unidos ha dejado de ser un episodio más dentro de la dinámica de confrontación regional para convertirse en un **laboratorio estratégico** donde se están poniendo a prueba varios supuestos clásicos de la seguridad internacional. Más allá de la sucesión de ataques y declaraciones, lo que emerge es un conflicto en el que la gestión del tiempo, la percepción del adversario y la coherencia entre objetivos políticos y medios militares están resultando decisivos.

En primer lugar, conviene situar el origen inmediato de la escalada en la operación que eliminó al **líder supremo iraní** a finales de febrero. Aquella decisión, concebida como un golpe de alto valor estratégico, respondía a una lógica conocida, que fue descabezar el sistema de mando para **provocar desorganización interna** y, eventualmente, forzar un cambio de comportamiento o incluso de régimen. Sin embargo, la evolución posterior sugiere que ese cálculo partía de una premisa discutible, ya que lejos de fragmentarse, el

aparato iraní ha demostrado **capacidad de adaptación**, manteniendo tanto la cohesión interna como su capacidad de respuesta militar.

A partir de ahí, el conflicto ha transitado hacia una **dinámica de represalias sostenidas**. Las recientes oleadas de misiles iraníes contra territorio israelí, aunque de impacto limitado en términos de víctimas, cumplen una función clara: mantener la **presión constante y erosionar la sensación de seguridad** del adversario. Este tipo de acciones, además, apunta a un cambio cualitativo en la estrategia iraní, que parece orientarse menos hacia golpes decisivos y más hacia una **guerra de desgaste**, donde el factor psicológico y la saturación de sistemas defensivos adquieren un papel central.

No obstante, el elemento más revelador no es la intensidad de los ataques, sino más bien la coexistencia de **mensajes contradictorios en el plano político**. Mientras Washington ha sugerido avances hacia algún tipo de entendimiento, Teherán ha rechazado públicamente la existencia de negociaciones, calificándolas de maniobras informativas sin base real, divergencia que no debe interpretarse únicamente como propaganda, puesto que también es parte de una estrategia más amplia en la que cada actor intenta moldear tanto la percepción internacional como el comportamiento de terceros países.

En este sentido, la dimensión informativa del conflicto adquiere una relevancia creciente, teniendo en cuenta que Estados Unidos necesita proyectar la **idea de que mantiene el control** de la escalada y que dispone de salidas diplomáticas, en parte para contener el impacto económico y político interno. Por el contrario, Irán busca evitar cualquier señal que pueda interpretarse como debilidad, especialmente tras la pérdida de su líder histórico. De hecho, la negativa a reconocer contactos diplomáticos puede entenderse como un intento de **preservar la legitimidad interna** y reforzar la narrativa de resistencia.

Paralelamente, Israel mantiene una lógica operativa que no siempre coincide con los tiempos de su aliado estadounidense en vista de que la continuación de **ataques sobre territorio iraní** y otros escenarios asociados refleja una estrategia orientada a degradar capacidades militares de forma continuada, independientemente de los ciclos diplomáticos. Esta asimetría introduce un riesgo evidente, como la posibilidad de que las

iniciativas militares sobre el terreno condicionen o incluso **desborden los intentos de negociación**.

A todo ello se suma un factor estructural que amplifica la crisis, añadiendo la **dimensión energética**. La amenaza, y en algunos momentos la materialización parcial, del cierre del estrecho de Ormuz ha convertido el conflicto en un **problema global, afectando a los mercados** y obligando a múltiples actores a posicionarse. De este modo, la confrontación ya no se limita a un eje bilateral o regional, sino que incide directamente en la **seguridad económica internacional**, incrementando la presión para una resolución, aunque esta siga siendo esquivada.

Desde una perspectiva analítica, lo ocurrido en las últimas semanas permite extraer al menos tres conclusiones. En primer lugar, las **operaciones de "decapitación"** no garantizan resultados estratégicos rápidos y pueden, de hecho, reforzar la resiliencia del adversario. En segundo lugar, la coexistencia de **escalada militar y señales diplomáticas** no es necesariamente contradictoria, ya que forma parte de una misma lógica de presión, y en tercer lugar, la **fragmentación de objetivos entre aliados** introduce un nivel adicional de incertidumbre que complica cualquier intento de estabilización.

En términos generales, la situación actual refleja un **equilibrio inestable** en el que ninguno de los actores ha logrado imponer una solución decisiva, al tiempo que tampoco se observan pasos claros hacia una desescalada unilateral. En este contexto, las dinámicas de presión militar y los canales diplomáticos coexisten sin una convergencia evidente, configurando una fase del conflicto marcada por su continuidad y por un aumento progresivo de su complejidad operativa y política.